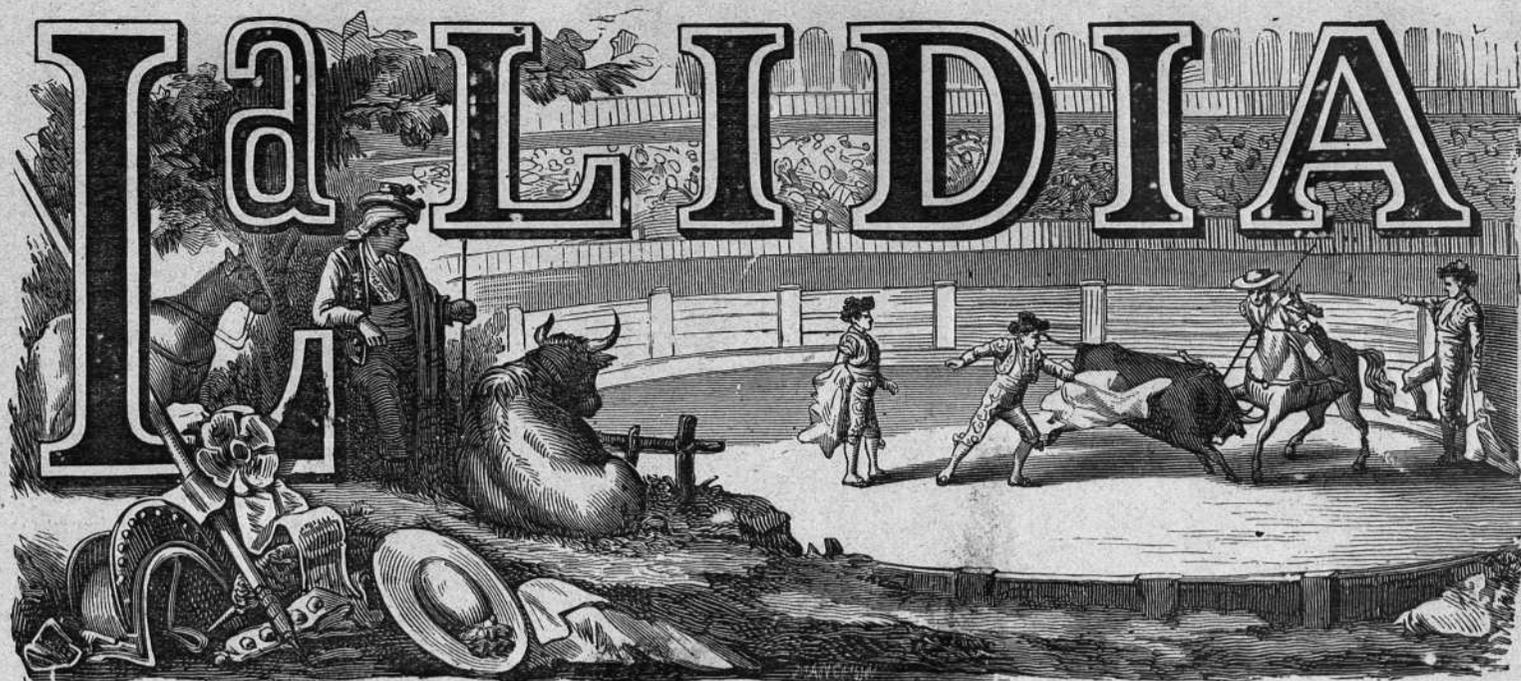


NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

La correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO.

En favor de Lagartijo, por D. Jerónimo.—La corrida del jueves, por D. J.—Revista de toros (10.^a corrida de abono), por D. Jerónimo.

EN FAVOR DE LAGARTIJO.

Con toda la fuerza que presta la razón, sale hoy LA LIDIA á defender á Lagartijo, cuya opinión, en materia que debe resolver la indiscutible autoridad del diestro, fué conculcada en la corrida del domingo 27 de Mayo, por D. Agustín Puch, concejal de tanda que presidió el espectáculo.

No vamos á relatar municiosamente los hechos, puesto que los lectores los conocen al dedillo. La cuestión es sencillísima: comienza una corrida con buen tiempo y lidianse los tres primeros toros, alcanzando, generalmente, los toreros unánimes aplausos.

Salte el cuarto toro, y cuando el primer tercio tocaba á su fin, cae sobre la plaza un huracán de agua y granizo que dura más de un cuarto de hora, y convierte el redondel en un charco inmenso.

Huye todo el público de tendidos á guarecerse en gradas y palcos; retíranse á paso de carga los lidiadores, y queda sólo el toro, emplazado, resistiendo impávido la nube.

Al cabo de media hora amaina el temporal, y el presidente llama á su palco á Rafael Molina.

—Puede continuar la lidia?—le pregunta.

—No, señor—contesta Lagartijo.

Hay discusión, el presidente, por sí, ó por sugeriones ajenas, opina por la continuación del espectáculo; Rafael insiste con energía, y el campo queda por el presidente, que manda arreglar el piso y que se llève á término la corrida.

Qué es esto? Un caballero particular, muy apreciable, sin duda, pero perfectamente indocto en la materia, preside una función en la cual arriesgan su vida docena y media de hombres.

Se encuentra en la plaza un ejército del cual es general en jefe Rafael Molina, á quien incumbe exclusivamente la responsabilidad de la batalla.

Y ha de venir un señor cualquiera que desconoce la estrategia y la táctica taurinas, á decir al general en jefe: haga V. esto ó lo otro ó lo de más allá?

Esto es absurdo, esto es inadmisibile y expone á terribles responsabilidades al funcionario oficial que una tradición ridícula exhibe todavía, en el palco de la presidencia.

En la segunda parte de la corrida citada, fué cogido Currinche por el quinto toro que le lastimó un brazo y un dedo. Y si en lugar de producirle, por fortuna, leve daño, hubiera el animal cornecado á Currinche y le hubiera herido gravemente ó matado (que todo pudo suceder), qué situación hubiera sido entonces la del señor Presidente?

Qué no ocurrió eso? Buena razón, razón española de pura sangre! Que se coloquen los andamios de seguridad cuando cincuenta infelices obreros hayan reventado y sumido en el mayor desconsuelo y miseria á sus familias.

Aquí estamos ya acostumbrados á juzgar las corridas como la función más inocente y menos arriesgada del orbe. Cierta es que con las caras y las defensas que

actualmente traen las reses, no hay mucho que temer, porque las corridas se han convertido en espectáculos anodinos, cuyos lances se pueden predecir del mismo modo que en el juego del billar se cantan las jugadas; cierto es que se necesita ser histérico para sufrir en ellas la menor emoción; pero aparte estas circunstancias que atentan á la virtualidad del espectáculo, hay otras imprevistas que se desprecian en absoluto, y son las que el día menos pensado pueden dar al traste, en un segundo, con el optimismo de diez años.

Y desde el momento en que existen forzosa y fatalmente esas circunstancias; desde el momento en que la vida de varios hombres corre riesgo, sinó peligro, indiscutible, y hay un jefe de la lidia que dirige la plaza y asume la responsabilidad de toda contingencia, en momentos anormales, está fuera de discusión que á ese jefe de lidia corresponde toda la autoridad, y que sus decisiones deben ser irrevocables. Esto, como teoría general, no tiene vuelta de hoja.

Ya oímos que nos interrumpen gritando:

—Y la corrida del 27 de Abril? No estaba entonces la plaza hecha un charco? Por qué dijo Lagartijo que continuase la lidia? Por qué no la suspendió?

Vamos allá. Ante todo, la corrida del 27 de Abril se llevó á cabo sin solución alguna de continuidad; empezó y acabó, sin que la fuerza del agua obligara á ningún lidiador á abandonar la plaza, mientras que el domingo 27 de Mayo el granizo cayó con tal violencia, que los toreros tuvieron por precisión que huir del redondel. En la primera, el público de los tendidos no se movió de sus asientos (todo el mundo llevaba paraguas), mientras en la segunda apretó á correr como alma que lleva el diablo.

Demuestra eso que el agua del 27 de Abril estaba prevista, al revés de lo ocurrido el 27 de Mayo, en que el tremendo chubasco de granizo y agua cogió desprevenidos al público y á los lidiadores.

Y aquí llegamos á tocar la verdadera tecla del asunto. Lagartijo debió suspender de luego la corrida del 27 de Abril, cuando todos vimos que la lidia era sumamente difícil, pero antes que Lagartijo debió suspenderla la autoridad, é impedir que el público fuera á la plaza. Y, como no lo hizo, cometió un abuso inculcable que pagaron los concurrentes; de modo que, en aquella ocasión, Rafael dió muestras excesivas de buena voluntad y de consideración al público, ordenando que continuara una función que debió suspender sin vacilar un instante.

En la corrida del 27 de Mayo cayó, en un cuarto de hora, más agua que en toda la tarde del 27 de Abril, y la prueba es que la plaza era una laguna tal, que se veían las ondulaciones del agua cuando el viento soplabá en los charcos. La corrida se suspendió de hecho, cosa que no había sucedido el 27 de Abril, en que se verificó de cabo á rabo, y esta es circunstancia muy digna de tenerse en cuenta.

Nosotros hemos visto torear descalzos á los matadores en más de una corrida verificada fuera de Madrid, en las provincias del Norte, pero esto ha sucedido una vez empezada la corrida, y sin que ningún lidiador tuviese que abandonar la plaza.

Aquí hubo necesidad absoluta é indispensable de suspender la función, y no fueron ni el Presidente ni Lagartijo quienes tal determinación adoptaron, sinó la Naturaleza misma, que obligó á los diestros á retirarse, y los tuvo á cubierto durante media hora.

En este lapso de tiempo cayó el granizo con tal fuerza que, lo repetimos, el redondel quedó convertido

en lodo y agua. La tarde, además, había avanzado mucho.

Qué iba á hacer Rafael Molina en tal situación? Negarse á que continuara la lidia. Eso hizo, é hizo muy bien, estaba en su derecho; á él competía aquella resolución, y al adoptarla no podía mirar las cosas desde el punto de vista interesado y egoísta del público, sinó con la seriedad de un general en jefe de quien depende el éxito de una batalla que se va á librar en deplorables condiciones.

Las en que se verificaron las dos corridas acuáticas no son iguales; ya hemos hecho notar las diferencias que ha habido entre ellas; pero aun dando de barato que existían las mismas causas para que ambas se verificasen, nuestra opinión es y será siempre la única que estimamos racional y lógica, y es la siguiente: á la autoridad compete que una corrida se suspenda ante de su comienzo, pero una vez empezada ésta, el director de la plaza, y nadie más que el director de la plaza, puede y debe, con absoluta libertad, ordenar la suspensión ó la continuación de la corrida.

Lo demás es establecer una confusión de atribuciones lamentable, y dar margen á las vacilaciones y dudas que hubo el domingo 27 de Mayo, vacilaciones y dudas que tuvieron la corrida en suspenso durante cincuenta y cinco minutos, y motivaron broncas que se hubieran evitado con energía y decisión.

Y volvemos á lo de siempre: aquí se arreglan las cosas perfectamente cuando no pasa nada, pero si pasase algo, sin en la citada corrida llega á ocurrir alguna desgracia de consideración, entónces.... más vale callar.

En puridad de razones, lo que hubo fué que Lagartijo pagó los vidrios rotos por el inmortal tribaquío M. R. F. La simpatía que el público tiene por esa augusta colectividad, es tan grande, que si se hubiese consultado al público sobre la suspensión ó continuación de la corrida, hubiera contestado como un sólo hombre.

—Que se acabe la corrida! Que salgan los tres toros que faltan; que los saquen á la vez, y que los maten aunque sea á tiros, con tal de que los veamos salir arrastrados y sepamos que la Empresa no se los lleva de rositas.

Esta es la clave del enigma; esto es lo que deseaba el público, y ante este deseo tuvo que sucumbir Rafael y escuchar los silbidos que le propinaron algunos villamelones.

A esto, y á la odiosa intrusión de la autoridad en asuntos que están fuera completamente de sus atribuciones, se debió el final de la corrida del domingo 27 de Mayo.

Nos queda aún algo que decir acerca de lo que representa la autoridad en las corridas de toros, y de la conducta que observan los abonados. Ha llegado la hora de tratar del asunto, y lo haremos en el próximo número.

DON JERÓNIMO.

La corrida del jueves.

La barbianísima fuga de vocales M. R. F. no podía dejar pasar inadvertido el día del Señor.

El jueves 31 del pasado mes, nos obsequió con una corrida extraordinaria, en la cual Carz-ancha era uno de los seis toros.



LA LIDIA.



Imp. y Lit. de J. Palacios.

MODO DE ENLAZAR EN CAMPO ABIERTO.

Arenal, 27, Madrid.

EL GANADO.

Fué propiedad del ganadero Sr. Cámara, cuyos toros proceden de la *ci-devant* vacada famosa de Hidalgo Barquero.

El primer toro, de libras, sin cuernos (y va uno) y buey, tomó seis varas y dió una caída.

El segundo, estrecho, mono, corniapretado y cornicorto (y van dos), abantón, buey y de cabeza, y cierto, aguantó nueve puyazos, dió cuatro caídas y mató tres jacos.

El tercero, hondo, de libras, con cara de choto y sin cuernos (y van tres), fué otro buey de cabeza que entró diez veces bueyendo á la caballería, propinó cinco tumbos, mató tres caballos é hirió mortalmente uno.

El cuarto, buen mozo, de libras, cornifino, y el mejor colocado de cuantos se han lidiado este año en la Plaza de Madrid, fué otro buey topón que tomó ocho varas y dió dos caídas.

El quinto, pequeño, cornicorto (y van cuatro), y caído del izquierdo, fué un buen toro, bravo, de poder y noble, que tomó ocho varas, dejó caer cinco veces á los picadores, mató dos caballos y mal hirió uno.

Y el sexto, grande, de libras y ancho y caído de cuerna, y con cara de respeto, fué un solemne buey que tomó tres varas, mató un caballo, remató otro herido por el toro anterior y llevó fuego después de haber vuelto la *jeta* nada menos que siete veces.

Total: cinco bueyes y un toro, ó si se quiere mejor, un toro y cinco bueyes. De carnes no estaban mal generalmente, y de cuernos, casi todos vinieron armados á la última moda. Y de menos nos hizo Dios, que nos hizo de un pedazo de barro.

EL MATADOR.

Empezó muy bien Cara-ancha haciendo en la muerte del primer toro la mejor faena de la tarde. Era un buey noblón que se dejó recoger con la muleta perfectamente; el matador lo toreó con gran frescura y casi siempre sobre la mano izquierda, lo cual es digno de aplauso y vale algo más que esos pases hermafroditas y de puro adorno que se llaman preparados de pecho, y arrancan aplausos y olés á San Villamelón y compañeros mártires.

José citó á recibir fuera de embroque, y metió y sacó la espada por mala parte; pero después entró corto y derecho y salió rebocado con el toro, después de clavar una magnífica estocada arrancando, que valió al matador aplausos abundantes y merecidos.

En la muerte del segundo toro, dió Cara-ancha evidentes pruebas de muchísima voluntad y de muchísima ignorancia, y perdone el apreciable diestro el modo de señalar, ya que de voluntad y de ignorancia hubo, por su parte, algo, y aun algos en la corrida del jueves.

Veintiocho pases y dieciocho medios, salvo error de pluma ó suma, necesitó el matador para atizar al buey dos pinchazos en las tablas, echándose fuera, y un golletazo á paso de banderillas. Por qué no haber empezado por el golletazo? Eso nos hubiera ahorrado un cuarto de hora de faena.

Cuando se arranca á paso de banderillas á un buey, se arranca á afianzar, Sr. Cara-ancha; lo de pinchar señalándose, indica en el matador ignorancia supina, porque éste debe saber que, los bueyes aplomados, no dejan hacer reunión y desarmar fácilmente en el volapié, por lo cual, hay que quitárselos de en medio entrando libre de cacho para dar un sartenazo eficaz. Herir sin peligro y disparar un pinchazo, es ver el peligro donde no existe, é implica, por lo tanto, falta de inteligencia, *quod erat demonstrandum*. En latín y todo.

En el tercer toro, que acudió á la multa, Cara-ancha estuvo hecho un guapo, toreándolo sobre la mano izquierda con cinco pases y uno cambiado, muy fresco y con vista; después metió el pié citando fuera de terreno y clavó media estocada caída y cruzada, que precedió á un descabello de gran efecto. Fué muy aplaudido el matador y con justicia.

Con el cuarto toro volvemos á la ignorancia. Cómo ha de ser! Sr. Cara-ancha; cuando un buey pide alivio á las tablas y lo pide una, dos, diez y veinte veces, y de un modo evidente y que no deja lugar al asomo de una duda, el matador que sepa lo que trae entre manos, debe acostar á su enemigo en las tablas, usando siempre la mano derecha y dando con ésta medios pases, hasta que el animal se agarre al suelo y se iguale.

Si el toro se descubrió bien y el matador tiene valor para arrojar al volapié neto, esto es, pronta y brutalmente, sin dar al toro tiempo de enterarse y teniendo cuidado de rehacerse por si no se queda embebido en la estocada y arrea tras el matador, en tal caso se consume el volapié. Si no hay agallas para eso, se toma el terreno que á uno le de la gana para arrancar, se entra calculando el cuarteo para afianzar, y otro talla. Que se da un golletazo? Bueno. Que se agarra por casualidad un estoconazo en lo alto? Mejor. Esto último es lo que hizo V., pero después de veintinueve pases, doce medios, un pinchazo echándose fuera, una estocada á un tiempo, atravesada, tendida y delantera, y media arrancando, en la cual el toro rectificó el cuarteo de V. Total: una eternidad de tiempo que malgastó V. por su empeño de ponerse fuera para torear, y tratar de despegar al toro de las tablas que era donde quería morir, y donde V. le hubiera matado pronto y bien, si no lo hubiera toreado del modo más opuesto al que el caso requería.

Y la misma canción tenemos que entonar tratándose de la muerte que dió V. al quinto toro. Sr. Cara-ancha; cuando un toro se encuentra entre las tablas y

los tercios del dos, y con la cabeza dirigida hacia la puerta de Madrid, es decir, contra el terreno natural de la muerte, y ese toro le obliga á V. á desliar dos veces consecutivas, porque desafía á V. en cuanto le ve armado, no le indica á V. suficientemente que está V. contra querencia, y que lo que debe V. hacer es volverlo y estoquearlo con los cuartos traseros vueltos hacia la puerta de Madrid? Hombre, nos parece que esto es elemental!

Por qué, entonces, se empeñó V. en despreñar un terreno en el cual tenía V. la seguridad de herir á favor de obra y con ayuda del toro, y continuó usted toreándolo contra querencia, y arrancándose á matar en tan descabelladas condiciones? Ya vió V. el resultado; un pinchazo aguantando, porque el toro se le vino á V. encima, con la incertidumbre de quien pisa un terreno que no le gusta; otro pinchazo arrancando, y, para terminar, una estocada caída y trasera que agarró V. á paso de banderillas y dejando pasar la cabeza. Vamos andando.

Del sexto buey hay que decir poco. No veía del ojo derecho, conservaba gran poder, y, por fortuna, su misma cobardía evitó que se quedara con Cara-ancha más de una vez. El matador se deshizo del pregonado con dos malos pinchazos y una estocada baja, al dar la cual volvió José su expresivo mote, con toda la prosopopeya de un Hermostilla entrado en carnes. Y se acabó la función.

Resumen; de todo hubo en la viña del Señor, como suele suceder en tales casos. Hubo toros de muleta sobre una mano, á los cuales no estamos acostumbrados en estos benditos tiempos de olés y otras expansiones, y hubo una gran estocada, la que llevó el primer toro, dada con todas las reglas del arte, que no es poco. Hubo también lances de capa al segundo toro, parados y de lucimiento, y hubo, sobre todo, una variedad al principio, que destruyó la insoportable monotonía de las bregas de hoy; pero en medio de lo bueno hubo también frecuentes intrusiones de lo mediano y de lo malo, y hubo, sobre todo, la convicción de que una corrida de seis toros estoqueados por un solo mafador ha perdido todo interés, y constituye, en la inmensa mayoría de los casos, función sosa y aburrida, sobre todo cuando el ganado no ayuda, como sucedió el jueves.

A pesar de tantos lunares, el escaso público que acudió á la fiesta, trató con marcada benevolencia al matador, y la tarde fué, en realidad, para Cara-ancha, más bien buena que desagradable. Una advertencia para concluir: citar á recibir *libre de cacho*, es verificar un pago en moneda falsa. Y, como dijo Manuel del Palacio, es lo único que no pasa en este país.

LOS BANDERILLEROS.

Antolín clavó dos buenos pares cuarteando al quinto toro. Valencia dejó al quiebro un par al toro tercero. El quiebro del muchacho corrió parejas con las estocadas recibiendo del matador. Los bichos llegaron reservados al segundo tercio.

LOS PICADORES.

Colita, el Artillero, Coca y Zafra, destrozaron los encuentros de la boyada.

LA LIDIA.

Infernal. El quinto toro cogió al banderillero Pepete que se había escurrido y caído al suelo. En el momento de incorporarse le metió el toro la cabeza y le lanzó al alto; cuando todos creían una catástrofe, resultó el muchacho ileso.

LA PRESIDENCIA.

Fué silbada injustamente por haber mandado cambiar la suerte en el tercer toro, después de haber tomado éste (que era un buey de cabeza), diez varas y dado cinco caídas.

En cambio mostró una tenacidad incomprensible por salvar del fuego al último buey, y necesitó que el animal volviese la cabeza *siete veces* para mandar tocar á inquisición. Ni que hubiese presidido el Sr. Cámara!

LA ENTRADA.

Superior... para perder unos cuantos miles de pesetas. Buena temporada, buena temporada se está echando al cuerpo el tute arrastrado M. R. F.!

D. J.

Toros en Madrid.

10.^a CORRIDA DE ABONO. 3 DE JUNIO DE 1888

EL GANADO.

Los seis toros corridos ayer tarde, pertenecían á la ganadería de D. Joaquín Pérez de la Concha.

El primero, buen mozo, de libras, cornicorto y cornifino, incierto y de cabeza, y tardo, tomó dos varas de refilón y seis de frente, dió tres tumbos y despachó tres caballos.

El segundo, de muchas libras, cornicorto del derecho y veletto del izquierdo, fué un buey que tomó una vara, mató un caballo y le condenaron á fuego.

El tercero, más chico que los anteriores, cornidelantero y apretado, fué incierto y guasón; arrancó 10 veces á los caballos, se coló suelto una vez, lo acosaron y mató un jaco.

El cuarto fué un boyancón de gran estatura, corniapachado y caído del derecho; tomó seis varas, dió un tumbo tremendo á Caro, que tuvo que ir á la enfermería, y despachó un caballo.

El quinto, de gran lámina, abundante de defensas y cornidelantero, hirió con acierto; empezó bien y acabó tardo; aguantó siete puyazos, dejó caer cuatro veces á los picadores y mató cuatro caballos.

Y el sexto, pequeño, acapachado y delantero de cuernas, fué un buey guasón y muy tardo, que tomó cuatro varas y despachó dos jacos.

El mejor de todos fué el quinto, y como no tenemos espacio para extendernos, diremos tan sólo que, como respeto y cuernos, el ganado de ayer fué el único que se ha presentado en lo que va de temporada.

LOS MATADORES.

Hermosilla.—Un borrego era el primer toro que le tocó matar, y aquel borrego necesitó para doblar nada menos que 27 pases, dos pinchazos en hueso, dos medias estocadas y un estoconazo contrario.

En el estoconazo salió el Sr. Manuel enganchado, por haberse quedado el matador muertecito en la cara del toro. Y como el público la ha tomado ya con Hermosilla, el hombre fué ayer cabeza de turco, y aguantó una silba regular.

Su segundo toro era un buey, al cual mató Hermosilla de un pinchazo á paso de banderillas, en las tablas, y una estocada superior, á un tiempo, después de 13 pases, en uno de los cuales salió el Sr. Manuel arrollado por haber rebrincado el toro y echádose encima. La faena fué acogida con silencio sepulcral. Pero, hombre; por qué ha nacido V. en San Lúcar?

Cara-ancha.—Un buey pregonado era su primero. D. José nos hizo pasar las de Cain y las pasó él con una cogida horrible al dejarse venir al toro encima, después de dar un pase, quedándose indefenso. Cara-ancha fué volteado, y por fortuna salió ileso. Veinte pases y cinco medios precedieron á media estocada á paso de banderillas; dos pases más y un sartenazo bajo y atravesado; diez medios pases y un magnífico descabello. Y respiramos todos, y arrastraron al asesino y tocaron las palmas al matador, felicitándole por haber salido vivo y sano de la pelea.

El segundo toro (quinto de la corrida) estaba guapo y con poder. Cara-ancha lo toreó de muleta con inmensas precauciones, le dió diez pases con ambas manos, se armó de coraje, echó la montera atrás, y... allá va el hombre con media estocada caída, y no muy derecha, que hizo polvo al animal. Y no hubo más.

El Espartero.—Toreó á su primer toro, que estaba tonto y aplomado, con la frescura y deliciosa naturalidad que caracterizan al valiente diestro sevillano. Y lo echó á rodar, no de dos estocadas, sino de dos puñaladas perpendiculares, hiriendo de arriba á abajo y como quien pincha cerezas. Le aplaudieron mucho y no hubo que lamentar ninguna de las catástrofes que habían anunciado algunos periódicos taurinos de Sevilla, desconocedores en absoluto de lo que es el público de Madrid.

En el último toro, que llegó aplomado y algo descompuesto, se deslució por completo Manuel García. Pasó con mucho movimiento y gran desconfianza, pinchó lo mismo dos veces, escupiéndose de la suerte, y terminó con una estocada perpendicular y baja. Los banderilleros del Espartero pusieron en juego los principios de la escuela cordobesa, é hicieron doblar al toro después de un millón de capotazos secos. Silencio sepulcral.

LOS BANDERILLEROS.

Hubo más pares buenos que malos, y fueron aplaudidos, por orden de mérito, Valencia, que sabe llegar á la cara y consentir; Julián Sánchez, que pareció sin necesidad de matemáticas, Villarillo, Corito y Malaver.

LOS PICADORES.

Caro puso alguna vara en su sitio. Los demás rajaron á piacere, por no perder la costumbre.

LA LIDIA.

Dé pueblo. Un lío constante, quites encontrados y al revés, Cara-ancha coleando al primer toro sin necesidad, y ganándose una ovación; embroques, achuchones y demás menudencias; los monos sabios estorbando, danzando, mandando y ordenando. El ideal de las corridas modernas!

Lolo bregó mucho y se llevó el peso de la faena.

LA PRESIDENCIA.

Acertada.

LA ENTRADA.

Buena á la sombra y deplorable al sol. No hay espacio para más.

DON JERÓNIMO.